

Conociendo a Don Bosco

Era conmovedor el espectáculo que todos los días, desde el principio del internado hasta el año 1870 aproximadamente, tenía lugar después de comer y especialmente después de cenar, salvo que hubiese algún forastero de respeto en el refectorio de los superiores. Estaba éste en una sala subterránea, larga y baja, con una simple fila de mesas en medio. Al salir los alumnos de su comedor se agolpaban a la entrada del de Don Bosco, a la espera de que los clérigos terminaran la oración de acción de gracias. Apenas oían el: **dénos el Señor su paz. Amén**, empujaban la puerta y se precipitaban dentro.

Tenía lugar un gracioso choque, si se nos permite comparar lo pequeño con lo grande, semejante al Orinoco con el flujo del Atlántico. Los muchachos querían entrar y los clérigos salir, pero ganaban los muchachos que corrían a porfía para llegar los primeros junto a Don Bosco, sentado en el extremo de la sala al fondo. Los clérigos veíanse obligados a apoyarse contra las paredes laterales para dejarlos pasar y no ser arrollados.

Ocurría entonces una escena indescriptible. Los más afortunados se apretujaban en derredor de Don Bosco, de tal modo que los más próximos apoyaban la cabeza sobre sus hombros. Detrás de él se veía como un seto vivo de caritas alegres, que formaban un ancho



respaldo. Mientras tanto iban tomando por asalto la hilera de mesas, despejadas de antemano a toda prisa, y en la que estaba en frente de Don Bosco se sentaban varias filas de muchachos con las piernas cruzadas al estilo oriental; detrás de éstos, muchos otros y, por último, siempre sobre las mesas, un tropel de pie. El que no podía subir, tomaba los bancos, los arrimaba a la pared y se subía encima; y se formaban dos largas hileras de ojos vivaces clavados en Don Bosco. Los más rezagados llenaban el espacio entre los bancos y las mesas. Parecía que ya ninguno podía llegar a aproximarse a Don Bosco; sin embargo, algunos pequeñitos lo intentaban. Se echaban a correr a gatas por debajo de las mesas y de pronto asomaban sus cabecitas entre la mesa y Don Bosco, que los recibía con una caricia.

Memorias Biográficas, VI, 66

Meditemos en los Salmos

Autor: P. Hugo Estrada SDB



No es fácil encontrar un comentario popular de los salmos. Hay comentarios eruditos, que no están al alcance del pueblo sencillo.

Los Salmos son las sublimes y poéticas oraciones del pueblo de Dios: el Señor se sirvió de excelentes poetas, divinamente inspirados, para regalar a su pueblo estos poemas sin igual, que responden a toda clase de situaciones espirituales y psicológicas.

El Padre Hugo Estrada ha tenido un gran acierto al presentar estas meditaciones sobre los Salmos con sencillez y profundidad. Como poeta y sacerdote nos ayuda a acercarnos a esos milenarios poemas religiosos para gustarlos cada día más y para penetrar con mayor hondura en su sentido bíblico, religioso, psicológico y poético.

Para escribir esta obra, el Padre Hugo Estrada se ha servido de los mejores comentarios sobre los salmos escritos por especialistas como Alonso Schökel, Gianfranco Ravasi, Noëll Quezón, San Agustín, Matthew Henry. De todos ellos ha extractado lo mejor para llevarnos de la mano e introducirnos en cada uno de los cuarenta Salmos comentados.

Estamos ante un libro muy espiritual que nos servirá para nuestra meditación diaria y para nuestro mayor acercamiento a la Palabra de Dios.